

Gino Germani y la democracia amenazada

*Hugo Enrique Sáez A.**

El trabajo de Noé es por lo tanto una invitación a “reconocer” a una figura importantísima del universo cultural argentino de mediados del siglo pasado y que, hoy por hoy, resulta muy poco conocida. En “su” universidad, la de Buenos Aires, existe un instituto de investigaciones que, muy apropiadamente, lleva su nombre. Pero, lamentablemente, su obra sólo es frecuentada por un muy pequeño número de viejos profesores y uno aún más reducido de estudiantes de sociología, y esto apenas esquemáticamente.

ATILIO BORÓN¹

RESUMEN

En este artículo se retoman los principales pasos dados por Gino Germani al participar en la institucionalización de la sociología como carrera universitaria en Argentina, ilustrando las decisiones adoptadas para encarar los problemas teóricos y prácticos que supone la construcción de la disciplina para arrancarla de la especulación metafísica y arraigarla en la problemática empírica. Un tema que atraviesa la variada producción de este científico –muy vinculada a las vicisitudes de su propia existencia– es la preocupación por la democracia, como antítesis de los regímenes totalitarios.

PALABRAS CLAVE: Germani, sociología, democracia, universidad, autoritarismo.

ABSTRACT

This article attempts to identify the main steps taken by Gino Germani to participate in institutionalizing sociology as university career in Argentina, illustrating the decisions made to address the theoretical and practical problems posed by the construction of the discipline for start-up of metaphysical speculation, and rooted in the empirical problems. A theme that runs through all the varied production of this scientist –tied to the vicissitudes of his own existence– is the concern for democracy, as the antithesis of totalitarian regimes.

KEY WORDS: Germani, sociology, democracy, university, authoritarianism.

* Profesor-investigador, Departamento de Relaciones Sociales, UAM-Xochimilco.

¹ Atilio Borón refiriéndose a Gino Germani en el prólogo al libro de Alberto Noé (2005).

UNA VETA ARQUEOLÓGICA DE LA SOCIOLOGÍA LATINOAMERICANA

Los homenajes, que son diferentes a los auténticos reconocimientos, tergiversan la memoria del autor que se está evocando: en general obtienen como resultado una immaculada hagiografía de culto, que suprime la vida y obra que encarnaron. Las grandes figuras de las ciencias sociales tampoco merecen el juicio de aquellos que sólo se esmeran en detractar toda su trayectoria desde paradigmas distintos a los asumidos por los investigadores. Por supuesto, al abordar la significación de Gino Germani para la instauración de la sociología como carrera y su contribución para avanzar en la problematización de la democracia, no se trata de hallar un punto intermedio en su valoración sino de escoger un criterio historiográfico que vincule el presente y el pasado sin establecer una continuidad inexistente. Precisamente, el contexto de ambos puntos temporales (el actual y el tumultuoso periodo en que se desarrolló Germani, que nunca tuvo título alguno de sociólogo) es diverso y por consiguiente los retos que se enfrentan también, por lo que resulta infructuoso comparar contenidos y niveles entre realidades heterogéneas. En otras palabras, extrapolar categorías que funcionan para explicar un fenómeno a otras condiciones históricas redundaría en confusiones y malentendidos.

La posición adoptada en este artículo se inclina a retomar los principales pasos dados por Gino Germani al participar en la institucionalización de la sociología como carrera universitaria en Argentina, ilustrando las decisiones tomadas para encarar los problemas teóricos y prácticos que supone la construcción de la disciplina para arrancarla de la especulación metafísica y arraigarla en la problemática empírica. Un tema que atraviesa toda la variada producción de este científico –muy vinculada a las vicisitudes de su propia existencia– es la preocupación por la democracia, como antítesis de los regímenes totalitarios. Por consiguiente, hay un halo vital que recorre su entera trayectoria en la búsqueda de una respuesta a este problema: ¿de qué naturaleza son los totalitarismos del siglo XX y qué posibilidades tiene la democracia para subsistir?

El complejo itinerario científico de Gino Germani ilustra un caso de cómo se inició la institucionalización de la sociología en América Latina, tanto por sus aristas fecundas como por los obstáculos para definir su responsabilidad frente a la sociedad.

Y en este proceso se incluye el papel de la ideología y la ciencia en la constitución del conocimiento, la relación entre la teoría y la práctica, la función de esta disciplina en las políticas públicas y, por supuesto, la profesionalización del sociólogo. Una definición aproximada de la sociología científica madura se halla en Alejandro Blanco al exponer sobre el autor que aquí interesa.

Una disciplina se institucionaliza una vez que puede ser estudiada como un tema mayor más que como una materia adjunta; cuando es enseñada por profesores especializados en el tema y no por profesores que hacen de eso una tarea subsidiaria de su profesión principal; cuando existen oportunidades para la publicación en revistas especializadas antes que en revistas consagradas a otros temas, cuando hay financiamiento y provisión logística y administrativa para la investigación sociológica a través de instituciones establecidas en lugar de que esos recursos provengan del propio investigador; y cuando existen oportunidades establecidas y remuneradas para su práctica así como una demanda relativa a los resultados de la investigación (Blanco, 2006:51).

Ahora bien, queda claro que en su origen la sociología se diferencia de las profesiones liberales como la abogacía y la medicina, por lo que corre el riesgo de brindar un espacio de acción muy delimitado en el ámbito del empleo. La fuerza de la nueva carrera radicará en fortalecer la investigación sobre problemas sociales relevantes y en el aporte que pueda hacer para resolverlos.

¿Quién era en realidad Gino Germani? Resulta difícil recordar a otro sociólogo que haya despertado tanta polémica respecto de su orientación teórica y política. Se lo llegó a cuestionar al mismo tiempo desde posiciones antagónicas, atribuyéndole perversidades contradictorias: desde sectores peronistas se le adjudicó el mote de “gorila”² por aceptar un trabajo con el gobierno surgido del golpe militar ocurrido en 1955, mientras que las autoridades migratorias estadounidenses durante cierto tiempo le negaron la visa de entrada a ese país por sospechar que era “comunista”, ese demonio inventado por el senador republicano Joseph McCarthy

² El término “gorila” hace referencia a la brutalidad de los militares argentinos represores y contrarios a los movimientos populares como el peronismo. Se aplica, en consecuencia, a quienes sostienen una posición afín con el conservadurismo autoritario.

para espantar las buenas conciencias y exterminar opositores. En definitiva, es infructuoso intentar descubrir al “auténtico pensador”, ya que las estrategias discursivas se modifican a medida que una nueva variable aparece en un fenómeno estudiado y obliga a rehacer el proceso. Dicho en clave de filosofía: no existe algo que pudiéramos llamar “unidad metafísica del sujeto”.

EL TRÁNSITO DE UN AUTODIDACTA HACIA LA ELABORACIÓN DE UN PARADIGMA CIENTÍFICO

Gino Germani –nacido en Roma, Italia, en 1911– se exilió en Argentina en 1934, después de haber permanecido preso del régimen fascista en la isla de Ponza, por participar en manifestaciones opuestas al gobierno de Mussolini. Al salir de la península interrumpió, como es obvio, los estudios en economía y estadística que había emprendido en la Universidad de Roma. En 1938 desiste de emprender el regreso a su país natal ante la situación represiva agravada que estaba imperando y adopta la nacionalidad argentina, al tiempo que se inscribe en la carrera de filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En 1941 se halla desempeñando el puesto de auxiliar de investigaciones en el Instituto de Sociología fundado y dirigido por Ricardo Levene, un historiador que enseñaba sociología en la Facultad de Filosofía y Letras, de ideología conservadora y colaborador con los gobiernos fraudulentos de la década de 1930, conocida como la “década infame”. El Instituto se proponía desarrollar investigaciones sobre la Argentina contemporánea y publicaba el *Boletín del Instituto de Sociología* para la difusión de dichos estudios. En esta época Germani toma contacto con libros y artículos de la sociología estadounidense, en especial Talcott Parsons y Robert Merton, y se interesa por el fundamento empírico en que se sostenían esos resultados, muy lejos de la especulación conceptual. Por cierto, en Estados Unidos la sociología ya estaba institucionalizada como profesión en departamentos de las universidades, mientras que en Argentina, aunque su enseñanza había comenzado desde 1896, sólo existía como una cátedra complementaria de los estudios de derecho, trabajo social, etcétera. En general, sus contenidos se orientaban por paradigmas muy rígidos provenientes de autores

escolásticos o del revisionismo histórico. A su vez, los docentes que la impartían eran abogados, profesores de filosofía, economistas, historiadores. Se exceptúan de esta generalización auténticos investigadores como Sergio Bagú (exiliado en México durante la última dictadura militar), Alejandro Bunge y Adolfo Dorfman, con sus respectivos estudios sobre la estructura industrial y el impacto en las clases sociales.

Entre 1942 y 1945 se publicaron en el *Boletín* las primeras investigaciones de Germani sobre las características de la clase media argentina. Si bien el paradigma positivista integró desde entonces la concepción teórica del autor, su inclinación por el análisis de las clases sociales marcó una diferencia respecto del funcionalismo ortodoxo, detalle aunado a su conocimiento del marxismo, cuyas categorías –como se verá más adelante– fueron empleadas en sus escritos.

La industria editorial argentina disfrutó de un periodo de auge notable entre 1936 y 1956, ante la decadencia de la española por efecto de la dictadura franquista. Una prosperidad editorial similar ocurrió en México con la fundación en 1934 del Fondo de Cultura Económica, otra de las deudas intelectuales y políticas que se tienen con Daniel Cossío Villegas. Tampoco es desdeñable la labor de difusión de autores alemanes –Tönnies y Weber, por ejemplo– que cumplió la *Revista de Occidente* con Ortega y Gasset junto al sociólogo republicano español José Medina Echavarría. A su vez, la participación de Germani como editor, traductor y comentarista de las obras publicadas por las editoriales Abril y Paidós ha sido ampliamente documentada por Alejandro Blanco (2006, capítulo 3). Abril fue fundada en 1941 y Paidós en 1944. La larga lista de obras puestas en manos del público por estas empresas editoriales ejerció un impacto notable en la cultura argentina y permitió a Germani poseer un conocimiento extenso en filosofía, sociología, economía, política, antropología, psicoanálisis. Desde Erich Fromm a Karl Mannheim y Ferdinand Tönnies, pasando por Georges Gurwitsch y Bronislaw Malinowsky, su trabajo en este terreno editorial significó un refugio para el perseguido político cuando el peronismo se instaló en el poder hacia 1946.

Con el advenimiento del peronismo, su carrera académica, que surgía prometedora, concluyó antes de comenzar. En vísperas del nuevo

régimen fue arrestado, alejado de la universidad, censurado como intelectual y despedido de todos sus trabajos, tanto en la Universidad como en el Ministerio de Agricultura. Fue uno de los primeros en la izquierda democrática en insistir en que el peronismo no era fascismo, a pesar de las estrechas ligazones ideológicas entre Perón y Mussolini (Germani, 2010:25).

La posición de Germani sobre el peronismo fue cambiante—como se documenta más adelante— y aunque no identifica plenamente este movimiento con el fascismo, algunos críticos lo ubican en 1946 proclive a equipararlo con aquel totalitarismo europeo. De hecho, en su obra madura se sintió obligado a corregir la calificación que había hecho del peronismo como “fascismo de clase baja”. Con todo, cabe subrayar que en el ambiente del surgimiento peronista reinaba cierta confusión ideológica, alimentada por la neutralidad argentina casi hasta finalizar el conflicto bélico y el hecho de que el coronel Perón había admirado a Mussolini por su nacionalismo durante su estancia en Roma como agregado militar en la embajada argentina. El relato de su encuentro con el *Duce* es bastante explícito respecto del carisma que percibió en la entrevista que aquél le concedió hacia 1940.

Me hizo la impresión de un coloso cuando me recibió en el Palacio Venecia. No puede decirse que fuera yo en aquella época un bisoño y que sintiera timidez ante los grandes hombres. Entré directamente en el despacho donde él estaba escribiendo: levantó la vista hacia mí con atención y vino a saludarme. Yo le dije que era conocedor de su gigantesca obra, que no me hubiera ido contento a mi país sin haber estrechado su mano (Perón, 1986:25).

El 4 de junio de 1943 un levantamiento militar desconoció las autoridades civiles argentinas presididas por el doctor Ramón Castillo, y se hizo cargo del gobierno. El contenido de este golpe de Estado difería del ocurrido en 1930 por su orientación en contra de la candidatura presidencial—que avalaba el régimen depuesto—del hacendado salteño Robustiano Patrón Costas, intelectual orgánico de la oligarquía criolla. Perón y Mercante figuraban entre los coroneles que participaron de la asonada y pertenecían al Grupo de Oficiales Unidos (GOU), que sostenían una posición nacionalista algo difusa, porque al mismo tiempo simpatizaban con

el avance alemán en el continente europeo. Perón pasó a ocupar la modestísima Secretaría de Trabajo y Previsión, desde la que puso en marcha su estrategia de atraer a los sindicatos y fomentar el surgimiento de otros. Su pragmatismo se refleja en la amplia labor para generar una legislación social. Según un informe que presentó al final de su gestión se habían elaborado 29 decretos, 319 convenios y 174 gestiones conciliatorias que habrían beneficiado a más de dos millones y medio de trabajadores. Por primera vez en la historia argentina un oficial del ejército establecía relaciones cercanas con la clase obrera, miraba más allá de los cuarteles.

En virtud de los antecedentes reseñados, la emergencia de las masas populares en la política argentina de mediados de la década de 1940 generó una serie de tremendas confusiones ideológicas al tener que definir el nuevo fenómeno de estos actores sociales y fijar una posición política al respecto. Lo que hoy se considera un análisis de coyuntura muy esquemático provino del comunismo argentino alineado con los soviéticos. Un claro ejemplo al respecto de actitudes reduccionistas fue, precisamente, la posición del partido comunista en 1946, que sin matices caracterizó al movimiento peronista identificándolo con el nazismo. Su secretario general, Victorio Codovilla,³ se expresó en estos términos:

¿Por qué nos vemos en la necesidad de insistir constantemente sobre el carácter nazi-fascista del peronismo? Porque la ideología, los métodos de gobierno y los propósitos de los peronistas, si bien toman formas distintas de las "clásicas" formas fascistas europeas, son del mismo contenido. Por eso, creemos útil explicar, sobre la base de hechos conocidos, pero, en parte olvidados, por qué la política, la táctica, y los objetivos de Perón se parecen, como una gota de agua a otra, a los fascistas de todas las partes del mundo (Codovilla, 1946:23).

En el otro extremo del espectro político también se rechazó al gobierno populista. Jorge Luis Borges formaba parte del Grupo Sur estructurado en torno a la figura de Victoria Ocampo, una liberal

³ Vittorio Codovilla (1894-1970), nacido en Italia y muerto en Moscú adoptó el nombre Victorio al naturalizarse argentino en 1924. Fue su contacto con el partido comunista de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas lo que posibilitó su exilio en este país, donde desde su muerte una plaza lleva su nombre.

que también había visitado a Mussolini en Italia. Esa intelectualidad estaba muy influida por la visión “oligárquica” del país y se escandalizaba por la aparición pública de los “cabecitas negras”, que se habían bañado en las fuentes de la Plaza de Mayo el 17 de octubre de 1945 durante la manifestación que exigía la liberación de Perón, que en esa coyuntura era un preso político. El 24 de febrero de 1946 Juan Domingo Perón fue electo presidente de la república al imponerse claramente a la Unión Democrática, integrada por fuerzas radicales, socialistas, comunistas, y ayudada financieramente por el embajador estadounidense Spruille Braden.

En ese contexto, Borges manifestó su descontento con el nuevo presidente en entrevista concedida a un diario en Uruguay. Su fuerte desaprobación generó una respuesta del gobierno. Desde hacía un tiempo el escritor tenía un puesto menor en la Biblioteca Miguel Cané y a los pocos días se le informó su promoción a “Inspector de aves de corral” en la ciudad de Buenos Aires. Como era de esperarse, Borges no aceptó “la promoción” y renunció a su cargo. La venganza literaria se expresaría años más tarde en su cuento “El simulacro”, incluido en el volumen *El hacedor*, en el que se ridiculiza el funeral de Eva Duarte de Perón (Evita) convirtiéndolo en una ceremonia en la que se vela a una muñeca rubia de un hombre aindiado. Por el lado de su madre, Perón tenía sangre indígena.

DEFINIR EL PERONISMO: SUS RAÍCES EN LA HISTORIA ARGENTINA

Ahora bien, es importante atender a ciertos criterios que explican este complejo galimatías frente al naciente populismo. En primer lugar, Gino Germani era un inmigrante italiano en Argentina a quien le toca vivir la Segunda Guerra Mundial en este país y se desconcierta por la política de neutralidad asumida por las autoridades frente al conflicto bélico, política que en varios casos se fundaba en simpatía hacia el Eje por parte de altos funcionarios de gobierno y mandos militares, quienes en muchos casos habían sido entrenados por oficiales prusianos en los años previos. Como prisionero del fascismo italiano durante un breve periodo, el emigrado no entiende la aprobación que también despierta el Eje entre sectores sociales argentinos y tampoco visualiza que la neutralidad obedece no sólo a las inclinaciones de un sector del ejército a favor del nazifascismo

sino también a razones de índole económica, en particular derivado de las exportaciones argentinas que requerían la protección de esa neutralidad para que las naves comerciales no fueran agredidas por ninguna de las fuerzas en pugna. En el marco de estas condiciones, titubeó al tener que identificar al peronismo de 1946, con un liderazgo personalista centrado en la figura del caudillo.

En segundo término, Germani sería luego uno de los constructores tanto de una disciplina que define como “sociología científica” frente a la “sociología de cátedra” como de una institución que profesionaliza la carrera de sociología. Por ende, la ortodoxia para llevar a cabo esa labor por un autodidacta no era la mejor consejera: apeló a distintas ciencias y autores en busca de elementos para diseñar su objeto teórico. Sus estudios formales los había cursado en filosofía, como se ha dicho, y de su Italia natal traía conocimientos de contabilidad. Del terreno especulativo tenía que desprenderse para fundar una ciencia empírica que se alimentara de datos objetivos sobre la realidad social. Se apoyó en las perspectivas que ofrecían las investigaciones en el terreno de la antropología, de la historia, del psicoanálisis y sobre todo de la sociología estadounidense.

En tercer lugar, sus posiciones políticas fueron oscilantes a medida que se interiorizaba más de los orígenes del Estado argentino, en el que los militares y la iglesia católica habían tenido un papel hegemónico desde la llamada Generación del 80, denominación referida a esa década del siglo XIX. Los liberales en el gobierno habían impulsado leyes como la vinculada a la educación laica (la número 1420, julio de 1884) que escandalizó a la jerarquía católica, uno de cuyos voceros llegó a afirmar que se instauraba una escuela atea. No obstante, la guerra de exterminio en contra del indígena que emprendió el general Roca ayudó a la reconciliación entre el ejército y la iglesia. De hecho, la polémica superestructural con la iglesia no se daba en el plano social, tal como lo describe un notable analista:

Los aristócratas argentinos estaban ligados por la sangre, la historia y la vida rutinaria que llevaban. Los mismos caballeros que por la mañana descabezaban un sueño durante el *Te Deum*, sentados en su silla de felpa roja, colocadas en dos filas, frente a frente, a lo largo de la nave principal de la Catedral, y que se saludaban ceremoniosamente cuando sus carruajes se cruzaban por la tarde en Palermo, esa misma

noche cenaban y bebían juntos en el elegante Jockey Club y continuaban sus discusiones a la mañana siguiente en los salones de uno de sus otros dos clubes: el Congreso de la Nación o la Bolsa de Valores (McGann, 1960:83).

Fueron las familias de abolengo quienes impulsaron la vitalización del catolicismo como una forma de defender su identidad frente a las migraciones extranjeras masivas que, según sus representantes, amenazaban con destruir los fundamentos ideológicos de la república. Se configura desde el prolongado periodo de hegemonía de Julio Argentino Roca (1880-1910), que consumó el genocidio indígena, una conciencia corporativa de la oligarquía, sustentada en el ejército y en la iglesia como factores de identidad.

Esta casta, que se proclamaba dorada, sintió que su extensa hegemonía había sido menoscabada por el gobierno de Hipólito Yrigoyen,⁴ primer presidente (1916-1922) elegido por sufragio universal en virtud de la ley Roque Sáenz Peña de 1912. Según sus detractores, el presidente había ganado el voto del populacho inculto y había incluido en la administración del Estado a neófitos sin "tradición".⁵ Fue sucedido por un miembro de su mismo partido, pero ubicado en el otro extremo ideológico, Marcelo Torcuato de Alvear, miembro de familias tradicionales. En 1928 regresó Yrigoyen a la presidencia, y la venganza conservadora no tardó en manifestarse mediante el golpe militar del 6 de septiembre de 1930, que terminó con el gobierno "populista" encarnado en el ya anciano líder. La década de 1930, calificada de "infame" por los integrantes del grupo FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina),⁶ es entendida por Germani con una definición muy suave: democracia restringida.

⁴ Existe la polémica por la grafía del apellido: ¿Irigoyen o Yrigoyen? Al parecer, el prócer lo escribía indistintamente con ambas formas, pero a partir de su presidencia optó por Yrigoyen.

⁵ Aun así, Germani advierte que este gobierno no abolió la legislación represiva heredada de la oligarquía terrateniente para contener a los movimientos obreros. De hecho, se sofocó con sangre a los manifestantes anarquistas durante la semana trágica de enero de 1919, y en 1921 hasta intervino el ejército para reprimir a los peones rurales de la Patagonia.

⁶ El grupo FORJA surgió en 1935 como una reacción frente a los gobiernos fraudulentos que se habían instalado en Argentina a partir del golpe militar del general

El Congreso Eucarístico Internacional celebrado en 1934 en Buenos Aires vino a reforzar esa conciencia de clase dirigente y se transmitió a sectores de las clases subalternas como elemento unificador de una presunta argentinidad. Eugenio Pacelli, futuro papa Pío XII, fue la figura central de este acontecimiento, en el que confluyó una historia de más de 50 años de expansión del catolicismo.

En la provincia de Buenos Aires el crecimiento fue todavía más acelerado luego de la campaña del Desierto: había 51 parroquias en 1871, aumentaron a 59 para 1889, treparon a 91 para 1895 y en 1921 habían alcanzado un total de 145. Si en la ciudad de Buenos Aires el crecimiento no fue tan rápido como en la provincia en las primeras décadas del siglo, ello fue en buena medida porque existían sacerdotes que se encastillaron en sus cargos y se resistían a la creación de las nuevas parroquias –cada nueva parroquia suponía dividir las preexistentes y repartir al mismo tiempo los recursos económicos y humanos (Lida, 2009:357).

El gobierno peronista, pese a su rechazo de la “oligarquía”, apeló en el ámbito educativo a connotadas figuras del nacionalismo católico. El médico Oscar Ivanisevich fue nombrado rector de la Universidad de Buenos Aires, cargo que desempeñó desde abril de 1946 a mayo de 1949, y luego dirigió el ministerio de educación hasta la caída del régimen en 1955. María Estela Martínez de Perón, al heredar la presidencia de su marido fallecido, lo llamaría a ocupar el mismo ministerio en 1974, periodo en que se lo vinculó incluso con la eliminación física de opositores. El atrabiliario personaje era un furibundo enemigo de la reforma universitaria de 1918. Se vinculó con sacerdotes católicos ultraconservadores, como Octavio Nicolás Derisi y Juan Ramón Sepich, quienes expurgaron los claustros universitarios de profesores acusados de comunistas

Uriburu en 1930. Estaba integrado por intelectuales y artistas de gran envergadura: Arturo Jauretche (historiador y sociólogo crítico de un sector de la clase media, “el medio pelo”), Homero Manzi (uno de los principales letristas de tango, “Malena”, entre otras melodías clásicas), Raúl Scalabrini Ortiz (ensayista que documentó el negocio inglés de los ferrocarriles), que no era del partido radical como los demás. Publicaron varias investigaciones sobre asuntos políticos y sociales en los que denunciaban, entre otros, la vergonzosa subordinación del gobierno argentino a los intereses ingleses. Apoyaron el golpe de junio de 1943 y casi de inmediato se disolvió el grupo. Varios de ellos se integraron al peronismo.

y enemigos de la patria. La política social de Perón, progresista y reivindicativa de los oprimidos, contrastó ampliamente con la política educativa teñida de odios antiintelectuales.

LAS CONDICIONES POLÍTICAS DE EXCEPCIÓN PROPICIAS
PARA LA SOCIOLOGÍA CIENTÍFICA

El golpe militar que derrocó a Perón en septiembre de 1955, autoproclamado “Revolución Libertadora”, abarcaba un ala liberal que restableció la autonomía universitaria y se propuso integrar intelectuales respetados en la época. Raúl Prebisch, quien había sido expulsado del banco central argentino en 1944, se desempeñaba entonces como secretario ejecutivo de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y aportó un plan económico destinado a realizarse con el gobierno militar. A Gino Germani se le encargó una caracterización sociológica del peronismo y se lo hizo responsable de la reorganización y dirección del Instituto de Sociología así como de la creación del Departamento de Sociología. El artículo que contiene su análisis sobre el fenómeno peronista se publicó en 1956 con el título “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo”, en el que se determina al movimiento como la expresión local de la crisis de la modernización. Desde entonces ya apela a la dualidad sociedad tradicional/sociedad moderna. En consecuencia, la explicación consistía en juzgar que la incorporación a la política de masas atrasadas –que integraban la base social del peronismo– a la sociedad moderna se convirtió en elemento subalterno de un autoritarismo hegemonizado por la figura del líder.

Curioso es el hecho de la renovación universitaria en que se desemboca tras las elecciones que en 1958 llevan a la presidencia de Argentina al doctor Arturo Frondizi, un abogado de sólida formación. Las fuerzas armadas continuaban adjudicándose una función de tutelaje sobre la política y en las urnas se prohibió la participación del partido justicialista, aunque sus seguidores aportaron su voto por Frondizi, obedeciendo una orden del exiliado Perón llegada mediante grabaciones que se escuchaban en lugares clandestinos. Se rumoró que el radical disidente habría pactado con Perón la legalización de su partido a cambio del

apoyo electoral. Risieri Frondizi, filósofo, hermano del presidente, asume la rectoría de la Universidad de Buenos Aires. En 1957 se había fundado el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) al tiempo que se registraba una transformación en el perfil de la universidad con el incremento notable de la matrícula en ciencias exactas y humanidades (Blanco, 2006:188 y ss). Germani, director del Instituto de Sociología de 1957 a 1966, había participado en la reestructuración universitaria desde el rectorado anterior, con José Luis Romero.

Las tradicionales carreras con salida profesional privada (ingeniería, arquitectura, abogacía y medicina) habían predominado en la anterior estructura universitaria. Ahora se daba lugar a disciplinas que enfatizaban la docencia y la investigación como puntales de desarrollo, entre éstas, la carrera de sociología, en la que se procuraba abandonar la especulación metafísica y aplicar métodos y técnicas sistemáticas para investigar la realidad social con un criterio empírico.⁷ La justificación para emprender estudios sociológicos se expresaba en el principio positivista de que mediante ellos se derivarían criterios normativos para la acción.

Una de las tareas centrales planteada como objeto de investigación era la definición del fenómeno peronista, que conservaba una fuerte presencia en el escenario político del país pese tanto a la proscripción que pesaba sobre el partido justicialista como al exilio de su líder en Madrid, impedido de regresar por los cargos penales que se formulaban en su contra. Se abordó su caracterización a partir de la teoría de la modernización, surgida de una interpretación de Germani sobre el paradigma del funcionalismo de Parsons y con la influencia de Seymour Martin Lipset, quien lo indujo a cambiar el concepto de totalitarismo por el de autoritarismo para referirse a este movimiento político. El término totalitario se reservó para el régimen soviético y el nazismo, mientras que el uso de fascismo se restringió al caso italiano. Se incorporó también el concepto de

⁷ Germani, junto con Jorge Graciarena presentaron en 1958 un estudio basándose en información sobre todas las universidades del país. Reflejaban en su metodología el proceder de una sociología científica. El trabajo se tituló "Enseñanza e investigación de la sociología, ciencia política y economía. La situación en Argentina". El documento sirvió de diagnóstico para la implantación de la carrera de sociología en la Universidad de Buenos Aires.

movimiento nacional-popular. Se presume que éste deriva de la lectura de Gramsci.

Entre 1956 y 1961, por lo tanto, Germani utilizó tres categorías diferentes para definir al peronismo. Los trabajos que las contenían fueron incluidos como capítulos del libro *Política y sociedad en una época de transición*, publicados en 1962, sin efectuarles cambios ni explicar cómo había evolucionado su interpretación del peronismo. En ese libro Germani definía al peronismo como fascismo en el capítulo 9, que reproducía el artículo de 1956; como un fenómeno autoritario en el capítulo 4, que era su ponencia de 1957; y como un movimiento nacional-popular en el capítulo 5, que era su artículo de 1961 (Amaral, 2009:2-3).

Se advierte en este libro una evolución en el uso de las categorías con las que Germani pretende explicar las diferencias del movimiento peronista con el fascismo y el nazismo europeos.⁸ En éstos la base social se había reclutado entre las clases altas y las clases medias en proceso de empobrecimiento, mientras que Perón habría obtenido su apoyo de una nueva clase obrera surgida del proceso de modernización, ajena a la tradición de las luchas anarquistas, socialistas y comunistas emprendidas desde fines del siglo XIX en Argentina.

LOS ANTECEDENTES SOBRE LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA: MANNHEIM

La obra de Germani se inserta en la crisis del racionalismo subsecuente a la Primera Guerra Mundial y a la emergencia de los movimientos de masa que apoyaron los totalitarismos fascista italiano y nazismo alemán. Si bien Theodor Adorno y Max Horkheimer –de la Escuela de Frankfurt–, tras la Segunda Guerra Mundial fueron pioneros en el planteamiento del problema del autoritarismo y el totalitarismo, otros destacados científicos sociales se habían ocupado con anterioridad del asunto, en particular Karl Mannheim, cuyo planteamiento se examina en los siguientes párrafos. José Ortega y Gasset entendía el fenómeno

⁸ Una crítica de izquierda a la visión de Germani se halla en Murmis y Portantiero (2004).

en términos de “rebelión de las masas” mientras que Mannheim lo caracterizaba para explicar la necesidad de proceder a construir una “democratización fundamental”, que debía sustentarse en una “planificación democrática”.

Según Irving Horowitz (“Gino Germani: el espíritu de la práctica sociológica”, en Germani, 2004:11), “si Theodor Adorno acertaba al señalar algunas características básicas de la ‘personalidad autoritaria’, uno debería, por extensión, ser capaz de identificar los rasgos de la personalidad antiautoritaria que Ana Germani aborda en el libro consagrado a su padre”. Renglones más adelante niega la posibilidad de clasificar el pensamiento de Germani en el funcionalismo de Parsons, pese a la evidente deuda con este autor, y lo remite a la influencia que recibió de la sociología histórica de Mannheim, por lo que es prudente examinar algunas características de esta corriente que son reelaboradas al tratar el problema de la democracia y su supervivencia en los sistemas contemporáneos.

Karl Mannheim como exiliado de los turbulentos años del decenio de 1920 terminó recalando como profesor e investigador en la London School of Economics and Political Science. Nunca abandonó su preocupación por la política y por eso manifestaba una actitud crítica frente a los investigadores recluidos en las instituciones académicas, sin que demostraran capacidad para examinar y comprender la experiencia vital de los acontecimientos tan trágicos del periodo entreguerras. En ese peregrinar de Hungría a Alemania y luego a Gran Bretaña, experimentó al igual que Germani la dureza del totalitarismo, en su caso de los nazis. Basándose en su compromiso ético y político, siempre estuvo inclinado por el papel crítico del intelectual frente al poder. Su cometido en ese contexto fue elaborar, apoyándose en criterios democráticos, una teoría que ayudara a la reconstrucción de las sociedades devastadas por el totalitarismo.

La razón moderna entra en crisis por el carácter estático con que se la diseñaba, lo que brindaba una visión esencialista del hombre, en lugar de destacar el cambio histórico que necesariamente debía encararse para superar la crisis de Europa y del mundo. En esa temprana etapa del capitalismo moderno asoma la contradicción entre una sociedad antigua y otra moderna, distinción que en Germani se asume como sociedad tradicional y sociedad moderna. Tönnies había practicado una primera distinción equivalente a la

de sociedad tradicional y la sociedad moderna. En la *Gemeinschaft* (comunidad) se establecen lazos sociales entre personas que se conocen cara a cara, lazos fundados en la identidad sustancial de las voluntades vinculadas por un común origen y destino; en tanto que en la *Gessellschaft* (asociación), con un alto grado de anonimato, prevalece la individualidad de los intereses en un orden integrado por voluntades racionales que se desenvuelven en el marco de la convención y el acuerdo. En Durkheim la diferencia entre ambos tipos se formula por la modalidad de integración dominante: solidaridad mecánica en la tradicional y solidaridad orgánica en la moderna. Se configura un sistema normativo laico necesario para regular relaciones. En la sociedad moderna, el desarrollo de una racionalidad funcional (interpretada a partir de Weber) en el terreno tecnológico y científico no ha ido a la par con el desarrollo moral y político, algo que se refleja en la falta de democracia.

El análisis de Lukács sobre la “cosificación” de las relaciones sociales reaparece en Mannheim al plantear la centralización de los mecanismos de organización eficaz de la sociedad, en la que sus miembros se convierten en objeto de una planificación que les asigna un papel funcional adecuado a la estructura. En términos marxistas, se trata de un proceso de expropiación de los medios de producción intelectuales, que se concentran en el Estado y en la empresa, trabando la acción del individuo fuera de los marcos establecidos como legítimos.

Ya en esa época se vislumbraban las dificultades inherentes al desarrollo tecnológico vinculado a una planeación racional de sometimiento de la naturaleza, así como los problemas de la burocratización identificados por Max Weber –que “racionalizaba” las conductas–, fenómeno paralelo al desarrollo de grandes organizaciones que amenazaban la libertad y sumían en el anonimato a los individuos, al tiempo que se daba la emergencia de las masas como actores políticos. En ese contexto se concibe a la sociología como una disciplina destinada a responder a los “desafíos del presente”, con una clara orientación a planificar el mundo humano basándose en el valor de la libertad.

La industrialización creciente favorece por fuerza sólo la racionalidad funcional, es decir, la organización de las conductas de los miembros de una sociedad en ciertos terrenos. Pero no exige en igual medida la

“racionalidad sustancial”, es decir, la facultad de actuar en situaciones dadas con capacidad de juicio a base de una propia inteligencia de las conexiones (Mannheim, 1984:44).

Frente a ese tipo de racionalidad basada en el cálculo, se propone una racionalidad sustantiva, que se enfoque a dotar al individuo de los elementos de juicio para enfrentar las situaciones con conciencia de los medios y los fines morales. Sólo así se puede resistir en contra de las élites que se han apropiado del control que produce los hechos sociales. Otra alternativa no deseable, vislumbrada ya en la década de 1930 por Mannheim, es la reacción irracional frente al poder, lo que en la actualidad se caracteriza como terrorismo, una amenaza que surge de la misma organización impersonal de la sociedad en la que pequeñas minorías dominantes se encargan de la toma de decisiones, mientras que otras minorías están en posesión del recurso al sabotaje de la maquinaria social.

EL TESTAMENTO TEÓRICO DE GERMANI SOBRE LA DEMOCRACIA

Por efecto de esta paradoja, la planificación de la racionalidad funcional engendra espacios de irracionalidad. Mannheim atribuye la irrupción de conductas irracionales a la escasa preparación de un pueblo que ha adquirido derechos políticos y que en su cultura no se detecta una educación para la práctica de la democracia. Una vez más, se remite a la transición de una economía de *laissez faire* al predominio de grandes monopolios que controlan el mercado. Cuando Germani analizó la participación de las masas peronistas en la elección de 1946 apeló a un juicio similar, apoyándose en la inmadurez política de los migrantes campesinos que como obreros se constituyeron en protagonistas urbanos. Así, se refiere al resultado que generaron las migraciones internas de aquella época que hicieron de Argentina una sociedad eminentemente urbana:

[...] estas grandes masas trasplantadas de manera rápida a las ciudades, transformadas súbitamente de peones rurales, artesanos o personal de fatiga, en obreros industriales, adquirieron significación política sin que al mismo tiempo hallaran los canales institucionales necesarios para integrarse al funcionamiento normal de la democracia. La

política represiva de los gobiernos de clase media entre 1916 y 1930, las severas limitaciones al funcionamiento de la democracia después de esa fecha y el general descreimiento y escepticismo creados por toda esta experiencia, unidos a la ausencia de partidos políticos capaces de proporcionar una expresión adecuada a sus sentimientos y necesidades, dejaban a estas masas “en disponibilidad”, hacían de ellas elemento dispuesto a ser aprovechado por cualquier aventura que les ofreciera alguna forma de participación (Germani, 1938:231).

En parte resuena aquí un concepto empleado por Gramsci (1986) cuando hace referencia al fascismo. En los gobiernos autoritarios, los seguidores se convierten en “masa de maniobra” a disposición de los jefes, que la utilizan como punta de lanza para enfrentarse a sus enemigos. De esa manera se organizó la marcha sobre Roma en 1922, con la diferencia de que, en lugar de obreros industriales, la mayoría de los movilizados provenían de una clase media en bancarota. Por otra parte, en 1921 en Livorno se había fundado el Partido Comunista Italiano con 50 mil militantes, de los cuales sólo 250 no eran obreros. Por consiguiente, había una organización política con amplia participación que expresaba los “sentimientos y necesidades” de los trabajadores industriales.

No obstante, tanto en Mannheim como en Germani no se incluye la desigualdad social como un elemento explicativo de las presuntas irracionalidades. Así, la delincuencia en el capitalismo se desencadena por la imposibilidad que advierten ciertos grupos de poseer los bienes y servicios que están restringidos a sectores privilegiados. Otros contingentes se unen a causas políticas que ofrecen protección social y económica a cambio de obediencia. El movimiento peronista, apoyándose en estrechar la brecha de la desigualdad, proveyó una conciencia de clase subalterna con una compleja simbología en torno a “descamisados” o “mis grasitas”, términos que Evita empleaba como metonimia para referirse al pueblo peronista. La calificación despectiva para designar así a los integrantes del movimiento provenía de los sectores de clases dominantes, y Evita los reivindicó al enarbolarlos con ironía como propios. Ella y el conductor del movimiento representaban las figuras sacralizadas, fundidas con las masas en el imaginario.

En conclusión, cobra sentido la propuesta de Mannheim sobre una planificación para la libertad que abarque las dimensiones esenciales de la vida social y política, orientada a la transformación

de la cultura, tanto en las formas de pensamiento como de acción. En la búsqueda de solución que intuyó Mannheim, procedió a descartar el punto de vista de Schumpeter respecto de que la democracia sería el “mercado de los votos”, que en las democracias modernas está monopolizado por los partidos políticos. Por supuesto, también manifestó su equidistancia absoluta con las tesis elitistas de Mosca y Pareto. En su concepción, la participación de las bases sociales por abajo es indispensable para llevar a cabo la propuesta respecto de la democracia militante. Este consenso dinámico exige la movilización de los ciudadanos en las unidades sociales donde se desempeñen: el barrio, la escuela, el trabajo, la iglesia. Es decir, “no hay que cansarse de hacer política” (Gramsci, 1986) y tomar conciencia de los micropoderes (Foucault, 1978) en que se disuelven los lazos solidarios que existían en la comunidad antigua.

Casi al final de su vida, Germani resumió en un texto (1985) de gran riqueza sus conclusiones sociológicas respecto de la democracia. Desde el primer párrafo del escrito, el autor deja manifiesta su preocupación acerca de un probable futuro amenazante en que se suprimiría la democracia misma, poniendo en cuestión el principio de que la democracia sería el resultado natural del proceso de modernización derivado del desarrollo económico.

[...] la sociedad moderna, que ha ofrecido el marco necesario para desarrollar las formas democráticas hasta sus últimas consecuencias lógicas, encierra también, en su propia forma de integración, ciertas tensiones que en el pasado, y presumiblemente en el futuro, llevan a la supresión de la democracia misma (Germani, 1985:21).

Fundamentar esa afirmación lo conduce a incluir una serie de contradicciones (método más propio del materialismo histórico marxista que del estructural funcionalismo de Parsons) que repercuten sobre la validez de algunas categorías asumidas en análisis anteriores, principalmente en su esquema de transición entre sociedad tradicional y sociedad moderna. Así, el proceso de secularización y modernización abarca tres rasgos principales, a saber, la *acción electiva*, el *cambio* y la *especialización*. Las identidades electivas no tienen un margen ilimitado de opciones sino que se constituyen a partir de las opciones existentes en la situación

socialmente definida, a diferencia de las identidades prescriptivas que deben atenerse a modelos rígidos previamente establecidos.

El concepto de secularización como mecanismo de integración en la sociedad moderna es asimilado a la paulatina eliminación del carácter sagrado en los sistemas de valores y se extiende a todas las esferas de la sociedad. A su vez, esos criterios u opciones electivas están sujetos a cambio; por ejemplo, en determinado momento no se reconocían los derechos homosexuales y en la actualidad se admiten en diversas administraciones los matrimonios entre personas del mismo sexo. Los límites de la desacralización en las sociedades modernas deben juzgarse, precisamente, a partir de nuevas formas simbólicas que vienen a sustituir en algunos casos, o a superponerse en otros, a las antiguas religiones. La moral hereda elementos simbólicos desacralizados, pero sirve para el ejercicio de la racionalidad de acuerdo con valores. A su vez, la sociedad del espectáculo engendra realidades virtuales que son valoradas como ídolos que otorgan sentido a las conductas de amplios grupos sociales.

La distinción que practica Germani entre sociedad tradicional y sociedad moderna como tipos ideales contrapuestos tiene raigambre weberiana, por una parte, y parsoniana, por la otra. En la sociedad moderna, según su criterio, existe un predominio del comportamiento regulado por la acción electiva, más que por la acción prescriptiva, propia de la sociedad tradicional. Germani sostiene que la elección responde a criterios racionales (en sentido instrumental) o emocionales. En el racionalismo hablar de emocionalidad se asimila a conductas singulares, casi irracionales. No hay una definición clara de qué deba entenderse por emocional y tampoco por la “manipulación de la gente” que el autor atribuye a los medios de comunicación. Aun así, hoy disponemos de instrumentos teóricos para saber más acerca de las emociones en el proceso de elegir un proyecto de vida. Retrocediendo algunos siglos en nuestra interpretación, se parte de que Thomas Hobbes (1588-1679) en su teoría del Estado se apoyaba en un peculiar sentimiento del individuo que refleja la marca del poder en su cuerpo. Se trata del miedo. Y de cómo enfrentamos el miedo. En la escena de su hipotético “estado natural” los individuos temen el ataque mortal de los demás en su lucha por apropiarse de los bienes necesarios para la subsistencia, y ese miedo determina

la obediencia a ese ente ubicado por encima de todos que se llama Estado. El consenso al poder establecido depende de esta relación de intercambio que se da entre “protección” (del Estado, de la empresa) y la obediencia. En suma: toda elección racional (basada en el cálculo medios-fines) tiene una base “emocional” si la observamos desde la óptica protección-obediencia. El poder, desde la familia pasando por la empresa y culminando en el Estado, se especializa en administrar el miedo de las masas.

La participación más allá del “mercado de los votos” resurge como un tema central en el último Germani, que ya ha transitado por la caracterización de fascista endilgada al peronismo –corregida después– y por la desilusión de la “revolución desde arriba” que se proponían los militares que en septiembre de 1955 dieron el golpe de Estado en contra de Perón. En su ensayo se plantea esta contradicción entre sociedad civil y Estado al analizar el ítem “Planificación y democracia”. Tres tesis organizan el conjunto de la argumentación.

- “La sociedad moderna es esencialmente una sociedad planificada”. Y esa sociedad tiende a convertirse en un fenómeno planetario (afirmación de 1978, cuando aún no se mencionaba la globalización). Uno de los puntos que resalta el autor como condición *sine qua non* (y por ende, esencial, que no puede faltar) para que haya democracia es la planificación. No sólo se trata de una función gubernamental, se aplica en las empresas (véase el *toyotismo*, por ejemplo) y hasta llega a la familia (el caso chino de sancionar a la pareja que se atreva a tener más de un hijo).
- “La planificación económica requiere la planificación social y ésta a su vez la planificación psicológica, la programación del hombre”. La planificación, centralizada en cada subsistema social y elaborada por expertos, pone en cuestión la libertad. Una de las contradicciones que amenazan la supervivencia de la democracia estriba en lo siguiente. Si la acción electiva representa un rasgo central de la sociedad moderna, la planificación impone conductas ajustadas a modelos previamente diseñados por los expertos. Un caso ilustrativo es la actual discusión mundial sobre la aplicación del aprendizaje basado en competencias, que se busca implantar más allá de las diferencias de contexto entre una zona rural de América Latina y un colegio privado del estado

de Massachusetts, por mencionar un caso. La inclusión en un subsistema genera exclusión de elementos y la incorporación de los sectores excluidos a un nuevo subsistema, de inferior calidad y de necesidades diferentes.

- “La extrema especialización del conocimiento en todos los campos hace imposible que el hombre común, aun con educación superior, pueda comprender para él y para la comunidad de las propuestas y decisiones de los planificadores”. La pérdida parcial o total del control de los planificadores representa un grave obstáculo para la participación en la toma de decisiones sobre la marcha de la sociedad. El conocimiento tecnológico y científico se ha convertido en la herramienta central para la “producción de la sociedad”, que queda a cargo de políticos y empresarios. Luego, la brecha es infranqueable entre el conocimiento del ciudadano y el sistema del conocimiento.⁹ Por otra parte, la fusión del conocimiento tecnológico y científico se plasma en la red cibernética que abarca al mundo entero, operada por los planificadores.

Desde una perspectiva actual, es preciso caracterizar la llamada sociedad tradicional como una sociedad que se construye por efecto de procesos espontáneos que convergen en el establecimiento de relaciones sociales bastante estáticas y de larga duración, en virtud de que domina el tipo prescriptivo de acción que se internaliza como el único válido. En cambio, la llamada sociedad de masas o sociedad moderna *se produce* por medio de la tecnología y la ciencia, y está sujeta a un cambio permanente en medio de un equilibrio inestable.

REFLEXIONES DESDE MATRICES TEÓRICAS ACTUALES

¿Qué significa en este contexto el término *producción*? La planetarización del capitalismo ha generado una centralización y con-

⁹ Dice Luhmann: “El sistema social llamado ciencia, dentro del cual opera la sociología, sin que pierda su relevancia social global, es tan sólo un subsistema de la sociedad que opera bajo criterios funcionales específicos” (2009:21).

centración del poder en regiones privilegiadas (América del Norte, Europa, Asia del Pacífico), hecho que exige un nuevo enfoque teórico para comprenderlo. En el inicio de la modernidad –como línea de desarrollo histórico de Occidente–, la razón tecnológica y científica se enfocó a la transformación de la naturaleza para generar bienes y servicios destinados a satisfacer necesidades humanas. Agréguese a lo anterior que las periódicas crisis del sistema capitalista –principalmente, después de la quiebra financiera de la bolsa en 1929– generaron la planificación de las actividades económicas y sociales, en un proceso de especialización y diferenciación de las disciplinas encargadas de esta tarea. En la actualidad, el desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) ha ocasionado un salto cualitativo en materia de planificación.

La contradicción de fondo de una planificación democrática es que no se puede prescindir de los expertos que dirigen la planificación en sus distintos ámbitos, y al mismo tiempo se debe resolver la forma en que se controle su accionar. Es una relación unidireccional y sin retorno entre roles complementarios (planificador/planificado) en la que el programado es objeto del que se extrae conocimiento sobre las contradicciones que atraviesa, y la planificación opera para el mantenimiento del conflicto en rangos tolerables para el sistema.

En nuestros días, la educación tradicional encuentra trabas para su desarrollo por la aparición de poderes fácticos en la comunicación (cine, televisión, música, internet) que se encargan de modelar las pautas de pensamiento y de conducta, impulsadas en torno a incrementar la capacidad de consumo. Tanto Mannheim como Germani se inclinaban por la educación del ciudadano como soporte de la democracia. No podían advertir desde su óptica el crecimiento de otros sujetos sociales, en particular, el que se vincula al consumismo; y tampoco se halla en los escritos de ambos una sospecha sobre la sociedad del espectáculo, que vendría a disputar la educación informal al Estado. Garretón (2002) identifica los medios de comunicación de masas como un poder fáctico que incorpora grandes cantidades de espectadores como público del espectáculo, educando a su manera en el consumismo y formando un actor social diferente al ciudadano.

La única solución que logró esbozar Germani fue recomendar la discusión pública de la planificación para garantizar que participara

el conjunto de la sociedad, algo que no se ha dado en ningún país, salvo en foros restringidos donde las autoridades en turno persiguen obtener consenso de medidas previamente diseñadas. Se argumenta que el plebiscito, una manifestación colectiva sobre decisiones fundamentales, no se debe incluir en las constituciones modernas porque su implantación generaría ingobernabilidad.

A fines del decenio de 1970 ya resonaba el himno neoliberal cuyas notas aplicarían luego Reagan y Thatcher. Precisamente, se sostenía que los regímenes autoritarios –como las dictaduras del Cono Sur– eran imprescindibles para instaurar el libre mercado que se asocia al desarrollo económico. En ese ambiente, Germani ya advertía sobre la existencia de teorías e ideologías que percibían la democracia como un obstáculo para el desarrollo económico y social, principalmente en las llamadas sociedades preindustriales. En nuestros días, hay sociólogos que defienden la posición neoliberal, por ejemplo, al interpretar como modernización de Chile el auge económico de algunos sectores empresariales.

Más allá de discutir el carácter fascista o gorila del modelo implementado desde mediados de los setenta en el Cono Sur, y cuya más sofisticada expresión se dio en Chile, parece razonable reconocer que en el marco de la experiencia autoritaria se llevaron a cabo aquellas transformaciones a las que aspiraba la sociología de la modernización. Sin duda, eso significó postergar la modernización política a costa de casi dos décadas de autoritarismo, pero la refundación capitalista que encabezó el régimen militar pudo llevarse a cabo sin mayores resistencias precisamente en la medida que el régimen democrático fue sustituido por un régimen autoritario (Aguilar, 2005:15).

El artículo de este autor, si bien ilustra una posición de extremo solipsismo pragmático, merecería un análisis aparte porque describe con eufemismos el desarrollo de un proceso histórico de una tersura impresionante, en el que “sofisticada expresión” reemplaza a lo que fue una represión sangrienta, además de que convierte a la democracia en algo que se puede postergar en nombre del interés económico. No obstante, es tan antiguo el esquema de este género de planteamientos acerca de la relación que guarda la economía con la democracia, que Germani ya lo anticipaba 30 años antes.

En particular, la supervivencia del mercado como mecanismo económico autorregulado, aun funcionando en forma parcial o en determinadas áreas de la economía (en coexistencia, por ejemplo, con sectores públicos y/u oligopólicos o monopolísticos), ha sido percibida como un elemento esencial para el funcionamiento de la democracia y la efectiva supervivencia de las libertades políticas y los derechos civiles. Debe agregarse sin embargo que la relación inversa, a saber, democracia y pluralismo como prerequisites de la modernización y el desarrollo (o por lo menos cierto grado de democracia y de pluralismo), que en el siglo diecinueve eran considerados en general—incluso por el marxismo “clásico” (a falta de mejor palabra)— como factores necesarios para el “progreso” (o el desarrollo capitalista, según los términos preferidos), son ahora percibidos por ideologías y teorías científico-sociales más bien como obstáculos o de todas maneras como causas de seria demora en el proceso de desarrollo económico y social (Germani, 1985:12).

Precisamente, las teorías neoliberales resucitaron el carácter de la autorregulación del mercado (mediante su “mano invisible”) como un objetivo para aislar la economía de toda relación con la ética, con la democracia, con la libertad. Se plantea que la diferenciación funcional ha conducido a la estructuración de sistemas autónomos que basan su relación con el entorno a partir de programas cibernéticos, al tiempo que las relaciones sociales tienden a abstraerse de las situaciones *hic et nunc* con objeto de determinarlas por medio de esos programas. El principal mérito del texto de Germani es que después de varias décadas continúa suscitando preguntas alucinantes sobre el futuro de la democracia, es decir, sobre los límites de la programación del hombre, palabra esta última que Luhmann decreta contingente para el sistema.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Theodor *et al.* (1965), *La personalidad autoritaria*, Buenos Aires, Proyección.
- Aguilar Novoa, Omar (2005), “Sociología y modernización”, *Revista de Ciencias Sociales*, núm. 1, Escuela de Postgrado, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile.
- Amaral, Samuel (2009), “Del fascismo al movimiento nacional-popular: el peronismo y el intercambio Germani-Lipset, 1956-1961”, Serie Documentos de Trabajo, núm. 402, Buenos Aires, Universidad del CEMA.

- Blanco, Alejandro (2006), *Razón y modernidad: Gino Germani y la sociología en Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Codovilla, Victorio (1946), *Batir al nazi-peronismo para abrir una era de libertad y progreso*, Buenos Aires, Anteo [<http://www.generalperon.com/batir%20al%20nazi%20peronismo%20para%20abrir%20era%20de%20libertad.pdf>], fecha de consulta: 30 de marzo de 2013.
- Foucault, Michel (1978), *Microfísica del poder*, Madrid, Las Ediciones de la Piqueta.
- Garretón, Manuel (2002), "La transformación de la acción colectiva en América Latina", *Revista de la CEPAL*, núm. 76, Santiago de Chile, abril.
- Germani, Ana Alejandra (2004), *Gino Germani: del antifascismo a la sociología*, Buenos Aires, Taurus.
- Germani, Gino (2010), *Gino Germani, la sociedad en cuestión: antología comentada*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso).
- (1968), *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós.
- *et al.* (1985), "Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna", en *Los límites de la democracia*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso), Biblioteca de Ciencias Sociales.
- Germani, Gino y Jorge Graciarena (1958), "Enseñanza e investigación de la sociología, ciencia política y economía. La situación en la Argentina", en Seminario sobre Metodología de la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias Sociales (Santiago de Chile, 22-29 de septiembre de 1958) auspiciado por UNESCO, Flacso y el Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales.
- Gramsci, Antonio (1986), *Cuadernos de la cárcel*, tomo 4, edición crítica del Instituto Gramsci, México, Era.
- Hobbes, Thomas (2010), *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Izaguirre, Inés (2005), "Acerca de un maestro. Gino Germani, fundador de la sociología en Argentina", *Sociologías*, Porto Alegre, Brasil, año 7, núm. 14, junio-diciembre, pp. 492-503.
- Lida, Miranda (2009), "Los orígenes del catolicismo de masas en Argentina", *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, núm. 46, pp. 345-370.
- Luhmann, Niklas (2009), *Cómo es posible el orden social*, México, Herder-Universidad Iberoamericana.
- Mannheim, Karl (1984), *El hombre y la sociedad en la época de crisis*, Buenos Aires, Leviatán.

McGann, Thomas (1960), *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano, 1880-1914*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba).

Murmis, Miguel y Juan Carlos Portantiero (2004), *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Noé, Alberto (2005), *Utopía y desencanto*, Buenos Aires, Miño y Dávila editores.

Perón, Juan Domingo (1986), *Yo, Juan Domingo Perón: relato autobiográfico*, Buenos Aires, Sudamericana/Planeta.

Tönnies, Ferdinand (1979), *Comunidad y asociación*, Barcelona, Península.